

# Porque las palabras son su mundo

Fabián Guerrero Obando

Este número de LA REVISTA recoge 15 entrevistas realizadas a escritores ecuatorianos por distintos periodistas, en diversos medios y diferentes tiempos: 8 escritoras y 7 escritores, así como un texto sobre la entrevista literaria, escrito por José Villamarín para esta entrega.

La razón primordial, como se verá, es que frente a lo ya sabido, como noticias repetidas y vulgarizadas, esperamos que las entrevistas nos den más y otra cosa; una entrevista literaria, en efecto, no debiera estar pendiente tan solo de las novedades, sino de llegar a los temas olvidados, provocar relecturas, sugerir obras y nombres pasados por alto.

La afirmación de que la entrevista es el género periodístico más interesante porque le permite al periodista preguntar y escuchar, le exige a ese periodista, al mismo tiempo, alejarse de cualquier intento de edificarse a sí mismo un monumento vanidoso o exhibicionista, menos si con ello se pone en riesgo la verdad y la autenticidad que se busca a través de la entrevista.

Aquí están. Dejándose llevar, y oponiéndose, que son las actitudes fundamentales de las personas que escriben: Susana Cordero de Espinosa, Carlos Vásconez, Alicia Yáñez Cossío, Sonia Manzano Vela, Francisco Proaño Arandi, Raquel Rodas Morales (+), Marco Antonio Rodríguez, Andrea Rojas Vásquez, Carlos Carrión, Catalina Sojos, Jorge Dávila Vázquez, Marialuz Albuja, Juan Pablo Castro, Carmen Váscones y Edgar Freire Rubio.

En cualquier manifestación de la vida de los escritores entrevistados, nos encontramos con el gusto que ese vivir despierta y con la negativa que otros le oponen. Y entre el empuje de los unos y la tirantez de los otros, el mundo, ese mundo al menos, marcha con movimiento acelerado o retardado en pos de no se sabe qué. Quizá un ideal. O una búsqueda. O acaso una explicación.

La palabra de estos escritores, en unos casos, se ha descarnado y simplificado muchas veces hasta asimilarse a una sencilla confesión, como si musitaran en voz baja; como si al hacerlo ratificaran la permanencia de una voz, despojada del laberinto de la literatura y del mito y develaran un rostro de profunda verdad humana y sobrecogedor aliento.

Otros, en cambio, forjan con intensidad y temple su palabra, porque quieren vencer aunque resulten permanentemente derrotados: los derrotados impenitentes. Esos escritores creen en el enigma como un acomodamiento dramático, como una manera de vivir con más emoción, con la seguridad, por lo menos, de interpelar al lector. O de estar lo más próximos a él.

Unos trajinan, otros conservan; es decir, permanecen. Son como un broche que reúne y fija, con un centelleo de joyel, el discurrir del tiempo; con todo lo que el tiempo contiene: la humana fragilidad, los árboles, las mesas, la persona perdida que pesa, y sin lo que, con todo su proceder inasible, y al parecer omnipotente, no serían nadie, o más propiamente, no serían nada, porque no tendrían nada que hacer.

Las palabras, entonces.

Porque las palabras son su mundo.

O lo hacen suyo en sus palabras